



paula

5° 8

Recargo Aéreo E° 0,30

**Las
madres
solteras**

**Entretelones
del Festival
de la Canción**

**Aprenda
a maquillarse
y transforme
su rostro**

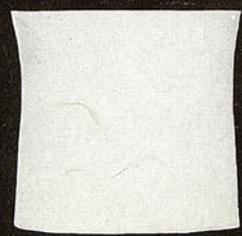
**SHIRLEY
MAC LAINE:
una mujer
desprejuiciada**

¡Ud. misma puede hacerlo!..



Qué fácil es cambiar el aspecto de su calzado con Reparadores NOBEL.
Todos los colores de moda a su disposición, en tintas y pastas.

**Reparadores
NOBEL**





paula

EN ESTE NUMERO...

El año pasado llegamos octavas —entre sesenta— con Mónica Larson. Este año queremos llegar primeras. Pero para esto es fundamental que todas las chilenas y chilenos nos ayuden a dar a Chile el gran gusto de sacar una Miss Universo. Queremos que la búsqueda y la elección de la Miss Chile 1970 (Pág. 22) no sea una labor sólo nuestra sino que de todos los chilenos.

En portada, y en profundidad en las páginas interiores (Pág. 46), Shirley McLaine se delinea como una de las mujeres más interesantes del mundo del cine. Su auténtica personalidad, que se trasluce en todas sus actuaciones, y su extraordinaria simpatía e inteligencia, nos llevó a dedicarle muchas páginas en este número. Aprenda, de una vez por todas, a maquillarse, y verá la diferencia. Se lo enseñamos exhaustivamente en este número (Pág. 80). Y recuerde que las líneas negras muy marcadas que sobrepasan el ojo (a lo Cleopatra) ya no se usan; la harán verse anticuada y de más edad. El maquillaje 1970 es liviano, aunque sí se puede abusar de las pestañas postizas.

El ideal de vestuario para esta época son las cosas tejidas (Pág. 58). Pero la línea y los colores han cambiado. Fíjese muy bien en nuestras páginas antes de mandar a hacerse uno. Los vestidos tejidos son más sencillos, más apagados, pero con gran énfasis en los accesorios, especialmente en las largas bufandas, el accesorio clave de 1970.



EN LA PROXIMA PAULA: SENSACIONAL NUMERO ESPECIAL DE MODA, CON LAS COLECCIONES CHILENAS DE OTOÑO-INVIerno.

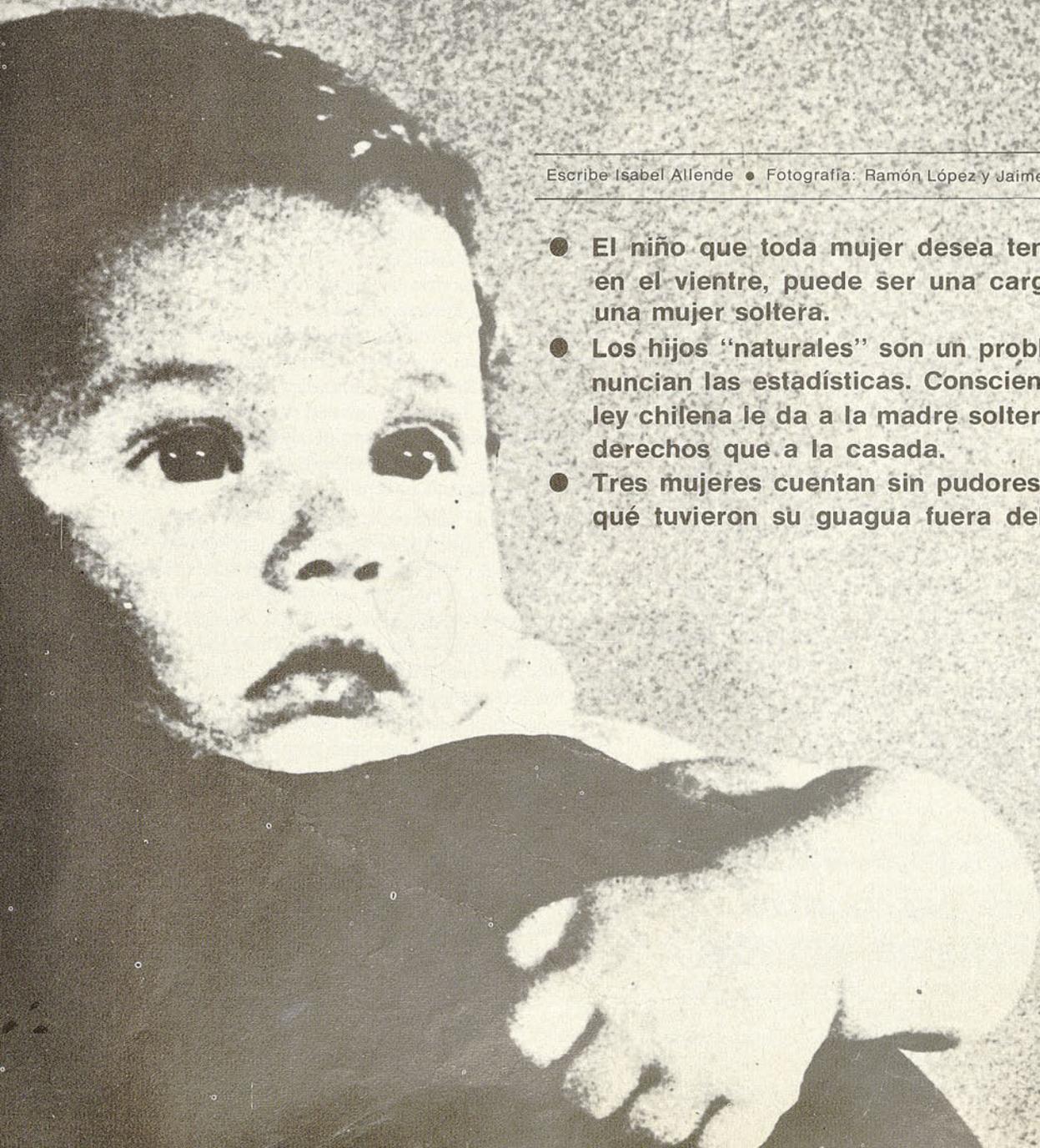
VER SUMARIO EN PAGS. 6-7



El coraje de LAS MADRES SOLTERAS

Escribe Isabel Allende • Fotografía: Ramón López y Jaime Jul

- El niño que toda mujer desea tener algún día en el vientre, puede ser una carga atroz para una mujer soltera.
- Los hijos "naturales" son un problema que denuncian las estadísticas. Consciente de ello, la ley chilena le da a la madre soltera los mismos derechos que a la casada.
- Tres mujeres cuentan sin pudores cómo y por qué tuvieron su guagua fuera del matrimonio. ►



viene de la vuelta

El drama de la mujer soltera que queda embarazada es bien conocido. Entre las clases sociales más pobres es tan corriente que prácticamente nadie se espanta y la madre enfrenta silenciosamente la larga lucha por sacar sola adelante a un hijo. En la clase media y alta, sin embargo, la madre soltera no enfrenta solamente los problemas económicos, también tiene que defender a su hijo contra todos los prejuicios y los tabús de la moral establecida y soportar un vendaval de críticas, presiones, injurias y desaires. "Quedó marcada", como suelen decir todavía.

Algunas mujeres tienen su hijo porque de puro ignorantes y débiles no supieron evitarlo. La mayoría trata de perderlo en los primeros meses de embarazo recurriendo a toda suerte de métodos atroces. Pero la vida se aferra en sus entrañas y contra todos sus deseos el embarazo progresa. El niño crece lentamente adentro. Empieza a latir un poquito de repente y muy pronto ya se mueve. Pasan las semanas y se abulta el vientre, y entonces empieza a nacer en el corazón de toda mujer normal ese amor enorme por su hijo y el deseo de protegerlo. Se arrepiente de haber querido abortarlo y se apronta para hacer frente a la situación. Empieza la lucha angustiada y solitaria de la mujer que defiende a su hijo. Es el instinto maternal, más fuerte que un huracán, que convierte a la futura madre en una fiera acorralada dispuesta a morir peleando.

Hay otras mujeres que quedan esperando su niño sin desearlo, pero que una vez que se saben embarazadas no recurren al aborto porque va contra sus principios morales. Y otras, muy escasas, es cierto, que eligen libremente su destino de madres solteras.

Algunas mujeres, acosadas por la pobreza, la angustia o la presión del medio ambiente, regalan sus guaguas o las abandonan con la esperanza de que caigan en manos de gente bondadosa que las críe. Son las menos. Por lo general, la madre no suelta a su hijo y afronta la responsabilidad hasta las últimas consecuencias. Y por lo general también el padre desaparece del horizonte apenas empieza el problema.

"Tuve mi hijo porque el aborto va contra mis principios morales"

Ana es profesora primaria en Temuco. Es una mujer de mediana estatura, muy blanca y de ojos oscuros. Es hija de españoles, educada en una moral rígida donde

el sexo era palabra que ni siquiera debía mencionarse. Su historia es conmovedora: es la lucha de una mujer por tener un hijo que nadie desea.

"Conocí a Gabriel en un rodeo, y me enamoré inmediatamente. El era un donjuán bien conocido, pero yo siempre creí que conmigo las cosas eran diferentes, y que él me quería tanto como yo a él. Todo el mundo me decía que era un hijito de su papá, que no trabajaba, que vivía de la plata del padre, que no tenía intenciones serias. Pero Gabriel era buen mozo, seductor, tenía un amplio mundo que me deslumbraba y sabía hablarme con tanta convicción y dulzura que si me hubiera dicho que me tirara al río de cabeza, lo habría hecho sin preguntar por qué . . . Pololié con él más de un año. Fue un pololeo casto, porque yo fui educada tan estrictamente que ni siquiera concebía la idea de tener relaciones fuera del matrimonio".

"Un día me invitó a almorzar fuera de la ciudad, a un lugar que él decía que era muy lindo, donde podríamos conversar tranquilos. Era un hotel, o una casa de citas . . . no sé. Me di cuenta tan pronto entré, pero no tuve la personalidad de irme por temor al escándalo, y pensé que podría manejar la situación con buenas palabras. Las buenas palabras las usó él mejor que yo, y no sé cómo terminé haciendo lo que había jurado que a mí no podría pasarme. Volví en su camioneta a mi casa deshecha. Me sentía inmundada y presentí que el cielo me castigaría. Tuve la seguridad casi inmediata de que estaba embarazada, a pesar de que Gabriel me aseguraba que nunca sucede la primera vez. El volvió al campo y yo a casa de mis padres".

"Un mes después tenía la certeza que estaba esperando un hijo. Me sentía terriblemente mal y trataba de disimularlo. Mis padres pensaban que estaba enferma del hígado, e insistían en que fuera a ver al médico de la familia. Al final no tuve más remedio que contarle a mi hermana y ella me llevó donde una matrona conocida, que confirmó mi embarazo. Aterrada, le escribí a Gabriel y dos días después él vino a Temuco. Entonces comenzó la pesadilla. El decía que se casaría, pero postergaba la fecha con una y otra disculpa. Yo a duras penas podía ocultar mi malestar en mi casa y ya sospechaba que Gabriel se estaba corriendo. Finalmente él me dijo que no podía casarse todavía y que me llevaría a Santiago para hacerme un raspaje sin que nadie se enterara. Me dijo que iríamos a un buen hotel, al día siguiente un médico amigo suyo me haría el raspaje y en la tarde podíamos ir al cine y a bailar. En otras palabras, era tan fácil como sacarse una muela. Me dio un asco espantoso y lo miré extrañada. Por primera vez lo veía tal cual era, y comprendía que nunca podría volver a amarlo. Tomé ahí mismo la decisión de tener a mi hijo costara lo que costara".

"Muy pronto lo supieron mis padres y mi situación

se hizo intolerable. Me gritaban, me amenazaban, me rogaban. A mi madre le daban ataques histéricos. Hay que haber vivido en provincia y venir de un círculo tan cerrado como el mío para comprender lo dramático que era todo el asunto”.

“Me dijeron que me echarían de la escuela y que nadie volvería a saludarme. Gabriel por su lado, cuando agotó las súplicas, me dijo que me sacaría el hijo a patadas del cuerpo, porque él no podía desprestigiarse echando bastardos al mundo. No sé qué me sostuvo en mi decisión . . . tal vez ese palpitar suavecito que uno siente en el vientre cuando el niño comienza a moverse. A pesar del infierno que me rodeaba, amaba a mi niño y me sentía unida a él. Le hablaba en las noches y le prometía cosas insensatas. Empecé a adelgazar a ojos vistas y me sentía muy débil. Tenía los nervios destrozados y la presión muy baja. Cuando ya tenía como 6 meses de embarazo, me enfermé terriblemente y creí que me moriría. El médico de la familia pasó 2 días a mi lado y me obligó a vivir. Creo que en realidad tenía ganas de morirme, pero cuando pensé en el niño y me lo imaginé entre mis brazos, me volvieron al cuerpo las ansias de vivir para verlo nacer”.

“Me tuve que ir a otro pueblo a tenerlo, para no causar escándalo. La primera persona que me dijo una palabra cariñosa y me dio un estímulo en esos 6 meses, fue mi jefe. Le conté mis problemas y él arregló todo para que yo saliera con permiso maternal, recibiera mi pre natal y nadie supiera de mi embarazo. Me ofreció ayuda y me tendió una mano cuando todo el mundo me daba la espalda. Mi hijo nació en un hospital. Yo estaba completamente sola y muy pobre, pero el médico y las enfermeras fueron muy buenos conmigo. Mis padres, cuando supieron que había nacido el niño, me invitaron a volver a la casa. Llegué a Temuco con mi guagua de pocos días, y desde el primer momento enfrenté al qué dirán. Salí a la plaza con el niño en coche, y miré a la gente de frente. Nunca hasta ahora alguien ha dejado de saludarme, o me han cerrado una puerta. La gente me aceptó, y aceptó a mi niño”.

“Siempre me sentí culpable por haber cedido ante Gabriel, pero en mi conciencia no hubiera podido aceptar la idea del aborto. Ya que el daño estaba hecho, no quedaba más remedio que afrontar las cosas. Gabriel nunca más me vio y nunca me ha ayudado económicamente. No conoce al niño. Todo el mundo en mi pueblo sabe quién es el padre y cómo se ha portado con su hijo. Si volviera a verlo, no le permitiría que se inmiscuiera en la vida de mi hijo y aunque estuviera muy necesitada no le pediría nada. Este niño es mío solamente: su padre fue un accidente”.

“Sufrí mucho hace cuatro años, cuando sucedió todo esto, pero ahora estoy feliz de tener a mi hijo. No me arrepentiré nunca de haberlo tenido . . .”.

“Tuve un hijo porque no me quedó más remedio”

Amalia es empleada doméstica. Tiene 17 años y una niña de un año que ya empieza a caminar. Al verla con la guagua parece que fueran hermanas. Su historia es clásica: tuvo un hijo por ignorancia.

“Yo soy recogida. Mi mamá se murió de parto y mi papá me mandó del campo a casa de una tía en Santiago. Ahí me crié con los hijos de mi tía como hermanos, especialmente el Alberto, que es de mi edad y éramos como mellizos. El era muy flojo en la escuela y mis tíos lo pusieron a trabajar de mecánico. Yo estaba en la secundaria y quería estudiar peluquería . . . pero esas son cosas que una sueña no más . . . Con el Alberto fuimos de a poco. Desde chicos andábamos pololeando por los rincones y los grandes se reían y nos celebraban. Muchas veces cuando cabros dormíamos en la misma cama. Más grande yo ni supe cómo llegamos a eso, fue muy de a poco. Yo sabía que así se tenían las guaguas, pero ni se me ocurrió que nos iba a pasar a nosotros. En la escuela algo había oído de las pastillas esas y otras cosas para no quedar con guagua, pero ni al Alberto ni a mí se nos pasó por la cabeza preguntar. Siempre hablábamos de todos modos que nos íbamos a casar por las dos, la iglesia y el civil. Cuando en eso dejé de enfermarme, no me preocupé mucho porque yo no soy de las que llevan las cuentas, como otras mujeres. Debo haber estado como de 3 ó 4 meses cuando mi tía se dio cuenta. Se armó la gorda. Me pegaron, todos gritaban, al Alberto lo encumbraron y el tío lo echó a la calle a patadas. Las vecinas empezaron a darme cosas para que botara la guagua, y hasta baños calientes me hacían tomar. Pero nada. Me crecía no más la guata un poco cada día, y entonces la tía, que me hacía la vida imposible, me echó a mí también. Después volvió el Alberto a la casa y está viviendo con ellos. A mí no quisieron verme más. Me fui donde una amiga y ella me consiguió trabajo en esta casa. Los patrones sabían que estaba embarazada, pero así y todo me dejaron, seguramente porque les dio pena verme tan pobre y tan huacha. Yo me lo pasaba llorando no más. El Alberto no volvió más. Lo vi dos o tres veces más y me hacía la desconocida. Ahora anda con otra chiquilla. La guagua nació en la maternidad del Salvador, y me atendió una matrona amiga del patrón, que fue muy buena conmigo. Ella me explicó después cómo se hacía para no tener hijos y me puso un anillo adentro, pero no me sirve de nada porque ahora me estoy tranquilita. No quiero más líos”.

“El papá de la guagua no me ayuda en nada, pero ▶

viene de la vuelta

no me importa porque, por ahora nada le falta a la niña. Yo le doy todo lo que puedo, y gasto mi sueldo en cositas para ella. Ahora que tengo mi hija estoy contenta. No quiero meterme en más problemas. Claro que a veces pienso en que me gustaría tener un marido, una casa y otros niños, pero antes de hacer eso voy a pensarlo mucho. No quiero darle un mal padrastro a mi niña”.

“Tuve a mi hijo porque quise”

Yolanda es una mujer de 45 años, hija de inmigrantes europeos. Muy delgada y nerviosa, se ve joven y ágil. Trabaja en publicidad, pero durante mucho tiempo estuvo metida en el teatro “la verdadera pasión de su vida”. Tiene una niñita de 10 años y nunca se ha querido casar. Su historia es la más rara de todas: **quiso** ser madre soltera.

“Yo soy una mujer independiente. Fui libre y autónoma desde muy chica, y mis padres tuvieron que aceptarme tal cual soy. A pesar de mi aspecto frágil y mi cara aniñada creo que tengo temperamento masculino. No me gusta sentirme protegida, amparada, dominada ni amarrada, como a la mayor parte de las mujeres. Me gusta sentirme como pájaro volando encima del mar. El teatro ha sido la pasión de mi vida, y trabajé en él hasta que por razones económicas tuve que aceptar este puesto, que por lo demás es muy entretenido. Tuve un gran amor en mi adolescencia, y creo que si las cosas hubieran sido de otro modo yo sería ahora una dueña de casa con máquina lavadora, olla a presión y jardinero. Pero mi enamorado tuvo la mala suerte y el mal gusto de morir en un accidente idiota que prefiero ni recordar”.

“He tenido algunos hombres en mi vida, como todo el mundo, supongo. No soy un témpano, y a veces llevo a enamorarme, pero nunca me he enamorado lo suficiente como para desear amarrarme a un compañero para toda la vida. Lo más que ha durado un amor para mí ha sido 4 años . . . y eso gracias a que vivíamos separados. Tengo en cambio excelentes amigos que hace 30 años que me acompañan en la vida”.

“Cuando cumplí 35 años comprendí que tenía vocación de solterona y que nunca encontraría un hombre con el cual estuviera dispuesta a casarme legalmente. También comprendí que había llegado el momento de tener un hijo, porque yo creo que una mujer no es completa sin un hijo. Estamos hechas para albergar otra vida en el vientre y creo que una mujer normal y sana tiene el instinto de la maternidad igual que el de supervivencia. Es tan fuerte que no se puede acallar. Es “un

grito de los ovarios”, como decía un amigo mío. Empecé a soñar con la idea de tener un hijo, mejor dicho con una hija. Siempre quise que fuera mujer . . . estaba segura que sería mujer. Tan segura estaba que compré pura ropita de mujer y le tenía elegido el nombre antes de quedar embarazada. Se llamaría Francisca, porque San Francisco es el único santo de la Iglesia que me gusta: era lo que se llama un tipo choro”.

“Cuando tomé mi decisión busqué entre los hombres que me rodeaban al que podría ser un buen padre. Lo curioso es que no me fijé demasiado en su aspecto físico. Quería alguien inteligente y fundamentalmente bueno, porque yo creo que la bondad es la mejor arma para ser feliz en esta vida, y además creo que se hereda. Debe ser así, porque Francisca es buena como pan amasado en el campo”.

“Después de mucho pensar y buscar, encontré al tipo que yo necesitaba. El era un buen amigo, pero nada más, y además casado y con hijos propios. Hablé con él fríamente y le conté lo que quería de él. No me había equivocado en la elección. Me tomó la mano (estábamos tomando un café en un siutiquísimo salón de té en el cual yo lo había citado), y me dijo que comprendía muy bien que yo deseara un hijo, y que se sentía honrado por mi elección. Me dijo que él no podía echar un hijo al mundo y abanicarse con la responsabilidad, que era un marido fiel y que no quería verme en líos. Hablamos mucho rato y terminé por convencerlo. Supongo que para mucha gente esto es lo más inmoral del mundo, es casi una obscenidad . . . Para mí nunca lo fue, y enfrenté la situación con alegría, buen humor y mucho optimismo. Me preparé para mi hija con toda la ilusión y el amor de una recién casada. Esperé a mi guagua sin disimular mi estado, y como entre la gente en que yo circulaba las mangas son muy anchas, todos me ayudaron y celebraron. Mis padres tampoco se fueron de espaldas como yo me había imaginado. Mi mamá se puso chocha y me obligó a irme a vivir con ellos a la costa hasta que naciera el niño, para que descansara y no tuviera problemas. La guagua nació con cesárea y estuvo un tiempo en incubadora. Yo casi me vuelvo loca de angustia pensando que podía morir. El padre de la guagua vino a verme y quiso correr con los gastos y hacerse cargo de su mantención. Yo le paré el carro desde el primer momento, y le expliqué bien claramente que la guagua era mía y que él debía olvidarse para siempre de su participación, por el bien mío, de la niña y de la familia de él. Tuvimos una rosca porque él volvió dos o tres veces, preocupado por mí y la niña, y terminamos peleando. Perdí un buen amigo, aunque yo sé que siempre estará dispuesto a ayudarme si lo llamo. Comprendió que era mejor no volver a verme. Algunas veces recibo unos sobres anónimos con plata que llegan en forma misteriosa a mi oficina, y las dos veces que he tenido que ir a parar a una clínica para operar-

me, alguien pagó la cuenta. Me imagino quien es, pero prefiero hacerme la lesa”.

“No creo que mi caso sirva para un reportaje de madres solteras, porque a mí nadie me metió un niño en el cuerpo. Yo lo busqué, lo quise en un momento determinado y no me he arrepentido jamás. Mi hija tiene 10 años, sabe de más cómo y por qué vino al mundo, es mi gran aliada y amiga y nunca he sabido que alguien le haga el vacío o le saquen pica en el colegio. Es una niña con gran personalidad, tierna y bondadosa, como yo la quería”.

“Por favor, no piense que yo soy una fresca que tuve a mi hija por choreza, por abofetear a la sociedad en la cara o por imitar a la Vanessa Redgrave. La Vanessa en ese entonces estaba haciendo la primera comunión... La tuve porque para sentirme realizada en mi papel de ser humano y de mujer tenía que ser madre. Muchos dicen que mi soberbia y mi egoísmo lo pagará en la vida mi Francisca. Dios quiera que no sea así... He tratado de darle toda la felicidad que está a mi alcance y la madurez para comprender que ella es hija del amor. De mi amor por ella”.

LA MADRE SOLTERA FRENTE A LA LEY

Por escrúpulos, por ignorancia, por el deseo de “atrapar” a un novio escurridizo, o simplemente por ganas de tener un hijo, lo cierto es que hay tantas madres solteras en Chile que la ley no puede hacerse la lesa. Aunque en Chile no existe, como en otros países, una legislación especial para proteger a las madres solteras, al menos, le da los mismos derechos que a la casada: pre natal, control y atención médica de embarazo, parto y puerperio, leche, asignación familiar, servicio médico para el niño, etc. La madre soltera tiene también frente al niño las mismas obligaciones que la casada.

Si el padre reconoce a la criatura, tiene con ella las mismas obligaciones, que con un hijo legítimo, y el hijo tiene los mismos derechos ante la ley (por ejemplo, en caso de herencias).

Pero parece que la médula del problema está justamente allí. No se puede obligar a un hombre a reconocer al niño, y si no lo reconoce no tiene con él ninguna obligación, y menos con la madre. No existe desgraciadamente ningún método científico que pueda probar la paternidad de un hombre. Mediante exámenes de sangre se puede determinar cuando un hombre **no** puede ser el padre, porque el grupo sanguíneo no concuerda. Pero si el examen da un resultado positivo, cualquier hombre con el mismo grupo de sangre podría ser el padre.

Como por regla general el padre de un hijo “natural” se escurre como anguila cuando llega el momento de enfrentar la responsabilidad, la gran perjudicada resulta ser la madre soltera.

Teniendo esto en cuenta, la ley considera que una mujer menor de 14 años que tiene relaciones sexuales **siempre** es violada o seducida, porque no tiene criterio para discernir sola en estas cuestiones. En este caso hay delito, y si se puede probar quién es el autor, la ley lo castiga con la pena correspondiente. Si el hombre acepta casarse con la mujer, desaparece el delito y por lo tanto el castigo.

Entre 14 y 21 años la mujer es todavía menor de edad, pero ya no está incapacitada para discernir. Antes de determinar si hay delito de violación o seducción, se consideran muchos factores, y en el caso que se prueba que hay delito y se descubre al autor, la pena y el delito se borran con el matrimonio.

PROTECCION DE LA MADRE SOLTERA

Hay escasísimas obras de beneficencia que se preocupan de las madres solteras, y sólo un organismo fiscal que lo haga. Parece existir el tácito convencimiento de que si el Servicio Nacional de Salud tiene un amplio programa de control de la natalidad al alcance de todo el mundo, las madres solteras deberían ser accidentes (violaciones, rapto, seducción, etc.). Pero en la práctica no es así, porque el control de la natalidad aún no llega a todos los sectores de la población, y porque en general se recurre a estos métodos después de haber tenido por lo menos un hijo. Es raro el caso de una mujer soltera que tenga la suficiente cultura como para darse cuenta de todo lo que arriesga al tener relaciones sexuales y tome las medidas correspondientes. La mayoría se confía en la buena suerte, con las consecuencias que todos conocemos.

Aunque lo normal es que la mujer embarazada quiera a su hijo en forma instintiva y no desee separarse de él, hay muchos casos en que por razones de fuerza mayor no prima en la mujer el instinto maternal. Ahí se produce el problema de los niños abandonados o “regalados”, que trataremos en un reportaje futuro sobre la adopción.

La “Casa de la Madre”, que depende del Consejo de Defensa del Niño, es una institución fiscal que se hace cargo de las madres solteras, siempre que sean menores de 20 años y primíparas. Las reciben en cualquier mes del embarazo en José Miguel Carrera 6120, Paradero 16 de Gran Avenida (fono 583647).

Existe también el “Hogar Misericordioso” de las monjitas de la Congregación Amor Misericordioso, donde reciben primíparas menores de 18 años. Queda en Amengual 420.